

Domingo Vigésimo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Pro 9,1-6; Sal 33,2-3. 10-11. 12-13. 14-15;

Ef 5,15-20; Jn 6, 51-59

"Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed". Así comienza el discurso del pan de vida. Jesús, ante las exigencias y los deseos de la gente, se presenta como ese pan esperado, como el revelador de toda la verdad de Dios. Un pan que debe ser "comido" por la fe y que lleva a asimilarnos a Jesús si seguimos su camino de vida. Así como el alimento que comemos se convierte en vida para nosotros, lo mismo sucede si "comemos" a Jesús: nos transformamos en él. Siempre lo más asimila lo menos. De esa forma obtenemos la calidad de vida que lleva al hombre a su plenitud. Un pan que es amor y que comunica la vida de Dios al mundo.

Los judíos discutían entre sí, y se decían: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? (Jn 6,53). Litigaban entre sí porque no comprendían el pan de la concordia; más aún, no querían comerlo, pues quienes comen tal pan no litigan entre sí. En efecto, siendo un único pan, aunque somos muchos, somos un único cuerpo. Por medio de este pan, Dios hace habitar en la casa en concordia.

Ellos no obtienen inmediatamente la respuesta a la pregunta objeto de sus litigios: cómo puede el Señor darnos a comer su carne. Antes bien, aún les dice: "en verdad, en verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes" (Jn 6,54). No saben cómo se come este pan ni el modo especial de comerlo; sin embargo, si no comen la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre, no tendrán vida en ustedes. Estas cosas no las decía a gente muerta, sino a seres vivos. Y así, para que no entendieran que hablaba de esta vida y siguieran discutiendo sobre ello, añadió enseguida: "quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna" (Jn 6,55). Ésta es, pues, la vida que no tiene quien no come este pan y no bebe esta sangre.

Ciertamente los hombres pueden tener vida temporal sin este pan; mas es imposible que tengan la vida eterna. Luego, quien no come su carne, ni bebe su sangre no tiene en sí la vida; sí la tiene, en cambio, quien come su carne y bebe su sangre. En ambos casos se trata de la vida eterna. No es así el alimento que tomamos para sustentar esta vida temporal. Es verdad que quien no lo toma no puede vivir; pero también lo es que no todos los que lo toman vivirán. Sucede, en efecto, que muchos que lo toman mueren, sea por vejez o por enfermedad o por cualquier otro accidente. Eso no sucede con este alimento y bebida, es decir, con el cuerpo y la sangre del Señor, pues quien no lo toma no tiene vida y quien lo toma, tiene vida, y vida eterna.

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es la fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además en las lecturas que oímos cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que ustedes cantan. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7)

La Misa es una comida a la que todos estamos invitados. Pero, la realidad es que una gran parte de los que habitualmente asisten a ella, rehúsan participar, contentándose con estar presentes. Esta situación, por normal que parezca, no deja de ser anormal.

Ciertamente esta comida es singular: tiene un sentido, una significación, requiere unas actitudes, exige unas disposiciones ineludibles en los comensales que participan... Pero lo que es anormal, abstenerse de comer, no puede convertirse en normal. Es decir, no podemos quedarnos tranquilos si no participamos jamás, o participamos alguna que otra vez en la vida.

El cristiano vive en permanente invitación a la comunión con la sabiduría divina y con Cristo a través de la Eucaristía. La comunión eucarística transforma al creyente en himno de alabanza a Dios, en Cuerpo de Cristo, en Palabra viva que testimonia ante el mundo la salvación. La Eucaristía es sacramento de la fe, sacrificio pascual, presencia de Cristo, raíz y culmen de la Iglesia, signo de unidad, vínculo de amor, prenda de esperanza y de gloria futura.

Cristo cumple las expectativas del Antiguo Testamento: es el verdadero Moisés que nos nutre con el maná de la Eucaristía, es la verdadera Sabiduría que nos ofrece el pan y el vino de su Palabra y de su Persona presente en el Sacramento. Esa vida de Cristo nos compromete a ponerla en obra en nuestra vida de cada día, como nos indicaba Pablo: no estén aturcidos, dense cuenta de lo que el Señor quiere.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)